

Resistencia, identidad y dependencia en Eduardo Galeano

Francisco Domínguez¹

Abstract: The work of Eduardo Galeano has had a huge impact in Latin America as well as elsewhere. Its most impressive book, *The Open Veins of Latin America*, published in 1971 for the first time, has enjoyed over fifty editions in Spanish already, plus other editions in several other languages. This work, which memories of fire, represent a coherent whole and they ought to be read together. Other writings have followed ever since such as the *Book of Embraces* and books on the environment, women, football, neo-liberalism and so forth. In these publications Galeano presents us with a powerful, although highly poetic, prose that exposes the barbarities committed against our continent in over 500 years. For Galeano, America Latina is being made, has been made and it will be continued to be made by the unavoidable struggles of the oppressed. His message is, therefore, one of praise and encouragement of resistance, both passive and active, against the horrors inflicted upon so many

by so few. The need to maintain and perpetuate such an unjust system is required by the mechanisms of accumulation that the “system” has designed, perfect and made ever more brutal with every cycle of capitalist accumulation. Humanity has been forced to go through this system, robbed of our own being in the process and Galeano, with his simple but powerful writings, has undertaken to recover the sources of our identity-to-be.

Introducción

Tal vez una de las obras más perdurables y más impactantes producidas en América Latina sea *Las Venas Abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano. En ella Galeano nos cuenta el impacto que tuvo su libro en nuestro continente en la época de los 1970. Para él, el más bello homenaje y los comentarios más estimulantes vinieron de gente común y corriente. Nos cuenta:

“Por ejemplo, la muchacha que iba leyendo este libro para su compañera de asiento y

¹ Doutor em Estudos Latino-Americanos pela Middlesex University, Londres, Inglaterra. Diretor do Centro de Estudos Latino-Americanos da mesma Universidade.

termino parándose y leyéndolo en voz alta para todos los pasajeros mientras el ómnibus atravesaba las calles de Bogotá; o la mujer que huyó de Santiago de Chile, en los días de la matanza, con este libro envuelto entre los pañales del bebé; o el estudiante que durante una semana recorrió las librerías de Corrientes, en Buenos Aires, y lo fue leyendo a pedacitos, de librería en librería, porque no tenía dinero para comprarlo” (p. 437).

El libro estuvo prohibido en Chile y en Uruguay y las autoridades argentinas lo denunciaron como un instrumento de corrupción de la juventud.

Memoria del Fuego, es una trilogía, esencialmente una obra de creación literaria, en la que el autor se propone narrar la historia de América Latina, revelar sus múltiples dimensiones y penetrar sus secretos. El primer libro de la trilogía, *Los Nacimientos*, habla de los mitos indígenas que explican la sociedad original del continente y cubre hasta 1700. El segundo, *Las Caras y las Máscaras*, nos cuenta América Latina en los siglos XVIII y XIX, es decir el período formativo de lo que es hoy nuestro continente. Y, por último, *EL Siglo del viento*, nos revela nuestra realidad contemporánea. Allí donde *Memoria del Fuego* es gran historia individualizada en héroes, heroínas y malhechores. *Las Venas Abiertas de América Latina* es gran historia sintetizada como proceso. Por ello, el énfasis y la mayoría de las fuentes de este artículo provienen de la segunda y no de la primera obra mencionada.²

Las Venas Abiertas de América Latina fue escrita en 1971, a comienzos de una década que fue el comienzo del fin de un período sostenido de radicalización política. La década anterior a ésta

estuvo abrumadoramente dominada por la Revolución Cubana, por el surgimiento de guerrillas en prácticamente todo el continente (incluido Brasil). La década de 1960 es también el período de la Alianza para el Progreso cuyo programa, asombrosamente, exigía que los gobiernos latinoamericanos realizaran la reforma agraria, democratizaran el sistema político, redujeran las desigualdades socioeconómicas y promovieran el desarrollo nacional. La Alianza para el Progreso fue la respuesta norteamericana al desafío continental planteado por el temor a que el contagio cubano ‘infectara’ al resto de América Latina. En un sentido real, aunque cargado de simbolismo, el fin de la década de 1960 estuvo dominada por la derrota y muerte de Ernesto ‘Che’ Guevara, en Bolivia. El contraste no puede ser más agudo, pues en 1965, apenas dos años antes, pese a la retórica de la Alianza para el Progreso, Estados Unidos había invadido la República Dominicana. En el comienzo de la década, por lo tanto, soplaban fuertes y auspiciosos vientos de cambio progresista, si es que no revolucionario. En Septiembre de 1970 sale elegido presidente de la república, el socialista Salvador Allende, en Chile. Por primera vez, Estados Unidos tiene que enfrentar a un ‘enemigo socialista’ que goza de una legitimidad impecable. Galeano captura el momento político por el que atraviesa el continente en aquel momento cuando en el párrafo final señala que América Latina tiene que ser reconstruida de pies a cabeza y que esta tarea “está en las manos de los desposeídos, los

² Está, además, *El Libro de los Abrazos*, que es una colección maravillosa de viñetas en las que Galeano, en su prosa poética acostumbrada, reflexiona sobre la América Latina de las dictaduras militares de los 1970 y 1980.

humillados, los malditos”. Por ello, *Las Venas Abiertas de América Latina*, es esencialmente una obra que expresa la esperanza por un mundo mejor, mundo que se estaba convirtiendo en realidad en ese momento, tal vez con mayor intensidad en Chile que en ninguna otra parte. Estas dos décadas presencian el surgimiento volcánico de una literatura distinta, alternativa, que deliberadamente rompe los cánones (y *el canon*) dominante hasta entonces para así ser más nuestra. La revolución que se anuncia e irrumpe en lo social se manifiesta también en una revolución literaria. *Cien Años de Soledad*, *Rayuela*, *La Casa Verde*, *El Siglo de las Luces*, se convierten en textos identitarios del continente y nombres como García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa y Carpentier, para mencionar sólo algunos, proyectan en su literatura a una América Latina que se busca a sí misma, que se autodescubre y que no se rinde. En *Las Venas* Galeano postula que debido a la resistencia de siglos la *Dependencia* está por fin llegando a su término, y con ello, América Latina está recobrando su verdadera identidad. Además, éstas son las décadas de fructífero desarrollo intelectual en el terreno de las ciencias sociales con el surgimiento de la Teoría de la Dependencia que no sólo explica por qué América Latina es subdesarrollada, sino que además propone soluciones radicales para superar esta condición impuesta desde el exterior y, sistemáticamente, desde 1492.³

³Aunque originalmente las ideas centrales de la Teoría de la Dependencia provienen de un intelectual norteamericano, Paul Baran que escribió *The Political Economy of Growth* en 1957 - una obra magnífica -, fue Andre Gunder Frank quien popularizó esta influyente teoría, resultado directo del impacto de la Revolución Cubana, con su libro *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, publicado por primera vez en 1967.

Desde entonces, 1971, año de su aparición, *Las Venas Abiertas de América Latina* lleva más de 50 ediciones, es texto casi obligatorio en cualquier departamento de Estudios Latinoamericanos en el mundo - incluidas las universidades norteamericanas - y, si es que no lo es, debiera ser texto obligado de todo latinoamericanista.

Dependencia

Galeano, con la simpleza profunda y elocuencia que le caracterizan, va directamente al grano cuando en la primera frase explica la realidad subordinada de América Latina.

“La división internacional del trabajo consiste en que algunos países se especializan en ganar y otros en perder” (p. 1).

Frase inicial que expresa, de una plumada decisiva, la posición del autor respecto de la materia que abordará en la obra. Sin ambages ni preámbulos discursivos Galeano plantea la problemática de América Latina en toda su descarnada desnudez:

“Nuestra derrota estuvo siempre implícita en la victoria ajena; nuestra riqueza ha generado siempre nuestra pobreza para alimentar la prosperidad de otros: los imperios y sus caporales nativos. En la alquimia colonial y neocolonial, el oro se transfigura en chatarra, y los alimentos se convierten en veneno” (p. 3).

Para Galeano el sistema de poder mundial “descansa en la necesaria desigualdad de las partes que lo forman, y esa desigualdad asume magnitudes cada vez más dramáticas”. (p.4). Pero este sistema produce no sólo desigualdad entre los países ganadores y los perdedores sino que también al interior de las naciones perdedoras “con insondables

abismos que se abren, al sur del Río Bravo, entre los muchos pobres y los pocos ricos de la región” (p. 4). La razón de ello es el beneficio que las élites del continente obtienen de tal arreglo:

“Incorporadas desde siempre a la constelación del poder imperialista, nuestras clases dominantes no tienen el menor interés en averiguar si el patriotismo podría resultar más rentable que la traición o si la mendicidad es la única forma posible de la política internacional” (p.5).

Galeano dirige su indignación moral en contra de las élites latinoamericanas con una descarga fulminante:

“El sistema es muy racional desde el punto de vista de sus dueños extranjeros y de nuestra burguesía de comisionistas, que ha vendido el alma al Diablo a un precio que hubiera avergonzado a Fausto” (p. 6).

Las consecuencias de tal estado de cosas era, ya en 1971, escalofriante: “Cada minuto muere un niño de enfermedad o de hambre...” (p. 5). El sistema no produce necesariamente estancamiento pero sí miseria aumentada toda vez que hay progreso económico, la tecnología hace que se requiera menos mano de obra: “El sistema no ha previsto esta pequeña molestia: lo que sobre es gente. Y la gente se reproduce. Se hace el amor con entusiasmo y sin precauciones” (p. 6). La solución propuesta es acorde con un sistema que rehúsa redistribuir y que alienta el egoísmo individual de muy pocos y la miseria colectiva de las grandes mayorías: planificación familiar y esterilizaciones forzadas. Dado que el Imperio es “incapaz de multiplicar los panes, hace lo posible por suprimir a los comensales”. Galeano nos cuenta de un slogan cargado de humor negro y cinismo escrito en un

muro de la ciudad de La Paz “Combata la pobreza, ¡mate a un mendigo!” (p. 6-7).

La emergente economía iberoamericana fue organizada para servir al emergente capitalismo europeo, es decir, “nació subordinada al mercado externo y, en consecuencia, centralizada en torno al sector exportador, que concentraba la renta y el poder” (p. 44). El oro, la plata, los diamantes y otros minerales que fluyeron en abundancia a España y Portugal fueron una maldición económica para estos países puesto que fomentaron la peor forma de parasitismo social improductivo. Todo se podía comprar en grandes cantidades de los mercados de Francia, Italia, Inglaterra, condenando así al subdesarrollo industrial a los dos imperios ibéricos. La maldición ibérica se convirtió en la ruina permanente de América Latina. Los centros mineros latinoamericanos, que otrora tanta riqueza produjeran, luego del *boom* se convirtieron en “impertérritos bastiones del atraso” (p. 89). Basta dar una mirada rápida a Potosí, Zacatecas, Minas Gerais para confirmar esto. Lo mismo ocurrió con el azúcar que, pese a las fabulosas riquezas que engendró, al punto que se le conocía con el nombre de “oro blanco”, dejó una estela de miseria y subdesarrollo: Nordeste brasileño, Haití, República Dominicana, Barbados y otros. De igual manera el cacao, el algodón, el caucho, el henequén, el café, las bananas, los minerales. “Cuanto más codiciado por el mercado mundial, mayor es la desgracia que un producto trae consigo al pueblo latinoamericano que, con su sacrificio, lo crea” (p. 94).

Esta realidad de glorioso despilfarro de los beneficiarios latino-americanos del *boom* de alguna materia prima ha sido espléndidamente retratado por Jorge Amado en relación al *boom* del cacao en su novela São Jorge dos Ilhéus:

“Ilhéus y la zona del cacao nadaron en oro, se bañaron en champaña, durmieron con francesas llegadas de Río de Janeiro. En ‘El Triánón’ el más chic de los cabarets de la ciudad, el coronel Maneca encendía cigarros con billetes de quinientos mil reis, repitiendo el gesto de todos los *fazendeiros* ricos del país en las alzas anteriores del café, del caucho, del algodón y del azúcar” (p. 147).

“El pueblo que compra manda, el pueblo que vende sirve; el pueblo que quiere morir vende a un sólo pueblo, y el que quiere salvarse vende a más de uno,” había dicho José Martí. Esta es todavía la realidad de la gran mayoría de los países de América Latina.

Al igual que en la Teoría de la Dependencia, Galeano culpa directamente al latifundio de ser el principal obstáculo interno al desarrollo económico, cultural y social del continente. En 1971, al momento de publicar *Las Venas Abiertas de América Latina*, el autor registra que:

“Apenas un cinco por ciento de la superficie total [de la tierra] se encuentra bajo cultivo: la proporción más baja del mundo y, en consecuencia, el desperdicio más grande” (p. 204).

Galeano atribuye el éxito económico de los Estados Unidos a que la base de aquella sociedad fueron los trabajadores libres que no actuaron nunca como agentes de la acumulación capitalista europea, mientras que España y Portugal contaban con gran abundancia de mano de obra servil en América Latina. Así, las clases dominantes

“de la sociedad colonial latinoamericana no se orientaron jamás al desarrollo económico interno. Sus beneficios

provenían de fuera; estaban más vinculados al mercado extranjero que a la propia comarca” (p.215).

Las consecuencias sociales de este estado de cosas es atroz. En Bolivia

“De cada dos niños nacidos en las minas, uno muere poco después de abrir los ojos. El otro, el que sobrevive, será seguramente minero cuando crezca. Y antes de llegar a los treinta y cinco años, ya no tendrá pulmones” (p. 243). “Con el petróleo ocurre, como ocurre con el café o la carne, que los países ricos ganan mucho más por tomarse el trabajo de consumirlo, que los países pobres por producirlo” (p. 256).

Cuando las compañías multinacionales no pueden obtener lo que quieren por las buenas, lo hacen por las malas. La Guerra del Chaco tipifica esta realidad puesto que fue alentada desde fuera por la rivalidad de la Standard Oil (que apoyaba y financiaba a Bolivia) y la Shell (que hacía lo mismo con Paraguay). En 1934 un senador norteamericano denunció especialmente a la Standard Oil con estas palabras:

“criminal, malhechora, fascinerosa, asesina doméstica, asesina extranjera, conspiradora internacional, hato de salteadores y ladrones rapaces, conjunto de vándalos y ladrones” (p. 266).

“El desarrollo del subdesarrollo produce desarrollo en el Centro y subdesarrollo en la Periferia”. El subdesarrollo, a su vez, genera las condiciones de violencia que caracterizan y han caracterizado a América Latina desde sus orígenes. En este sentido, uno de los peores países es Colombia, durante el período conocido justamente como ‘La Violencia’ que abarca desde 1948 a 1957:

“El odio largamente masticado por los campesinos hizo explosión, y mientras, el gobierno enviaba policías y soldados a cortar testículos, abrir los vientres de las mujeres embarazadas o arrojar niños al aire para ensartarlos a puntas de bayoneta bajo la consigna de ‘no *dejar ni la semilla*’ (p. 165).

¿Cuánto han cambiado las cosas desde entonces? La guerra civil en El Salvador, en la década de 1980, produjo 80.000 muertos, la gran mayoría, asesinados por escuadrones de la muerte, apoyados, entrenados y financiados por los Estados Unidos. La cantidad es todavía más alta en Guatemala, donde, en el mismo período, 120.000 campesinos fueron masacrados por los esfuerzos combinados de las fuerzas armadas y los escuadrones de la muerte apoyados, entrenados y financiados por los Estados Unidos. La gran mayoría de las víctimas era de origen indígena. Sin duda, la continuación del proceso civilizatorio comenzado por los conquistadores españoles y portugueses a fines del siglo XV. Nicaragua, al verse forzada a enfrentar la ira de los Estados Unidos por haberse atrevido a deshacerse de una tiranía podrida y corrupta y tratar de crear una sociedad más justa se vio sometida a una guerra de desgaste por diez años a manos de la máquina de guerra más poderosa de la historia de la humanidad. El resultado: 50.000 nicaragüenses muertos, un país devastado, un pueblo destrozado. El desprecio del Imperio hacia nosotros es tal, que los *contras*, a los mercenarios que realizaron el trabajo sucio de asesinar y destruir en Nicaragua de parte del Imperio, se les refería como DHA en la correspondencia oficial de la CIA, el Departamento de Estado y otras estructuras burocráticas. *Disposable Human Assets* es *Bienes Humanos Dese-*

chables en español. En Argentina, la dictadura militar instalada desde 1976 y apoyada, entrenada y financiada por los Estados Unidos, significó el asesinato a sangre fría de 30.000 personas, en su gran mayoría jóvenes. Incluso, les robaron los hijos a aquéllos que asesinaban y se los regalaban a familias de militares sin niños. Las presas más codiciadas eran muchachas jóvenes, embarazadas. En este contexto, Chile es sin duda un país privilegiado. La dictadura militar de Pinochet asesinó apenas entre 5 a 10.000 personas. La dictadura pinoche-tista, apoyada, entrenada y financiada por los Estados Unidos, destruyó la democracia y los derechos de los chilenos por diecisiete brutales años, donde una de las prácticas favoritas de los agentes de la policía secreta era, aparte de volar en pedazos a los disidentes en el extranjero, entrenar animales para que violaran a mujeres bajo interrogatorio. Cuesta creer el discurso oficial norteamericano que le asigna a esa nación el rol de defensor de los derechos de humanos, la democracia y la libertad.

En conclusión, Dependencia es la condición de América Latina, resultado de siglos de intervención extranjera, que nos hace vulnerables, genera corrupción y miseria humana en cantidades horribles, perpetúa la ignorancia, fomenta desigualdades monumentales, impide el florecimiento de la democracia y la solidaridad humanas, genera el racismo, somete a la mujer latinoamericana a una doble, tal vez triple opresión con el machismo exacerbado que nos domina, heredado de nuestros antepasados españoles y portugueses, aprisiona a nuestras economías en circuitos extranjeros que nos dominan, en un sistema en el que la violencia institucionalizada se ha convertido en la norma y la ausencia de violencia en la excepción.

Resistencia

La obra de Galeano está también permeada de la idea de resistencia. Prácticamente desde los albores del ‘Descubrimiento’ y de la Conquista, América Latina se ha rebelado y resistido a ser sometida. En este sentido la obra de Galeano expresa la Otra historia, la historia de los oprimidos, de los discriminados, de los parias, de las grandes mayorías, pero lo hace sin negar la historia oficial, la de los generales, de nuestros hombres ilustres, de los presidentes, de sus actos y realizaciones, de sus ideas, de sus objetivos. En este sentido, Galeano combina la indignación moral y la condena ética con el rigor de los hechos. La historia que nos cuenta en hermosa prosa poética es una historia crítica, una historia del rechazo a las miles de injusticias cometidas por ya cinco siglos. Una historia que desmiente la percepción paternalista que interpreta a América Latina como un continente cuyo atraso resulta de la pasividad atávica de sus habitantes y de su incapacidad casi genética de entrar en la modernidad. Galeano demuestra que todo intento de progreso fue aplastado, que el atraso fue introducido desde fuera y es perpetuado en gran medida también desde el exterior. Que lo poco que se ha logrado es el resultado de cinco siglos de resistencia.

Primero fueron los indígenas quienes en innumerables oportunidades se rebelaron. Luego vinieron las sublevaciones de los esclavos africanos con la creación de santuarios de esclavos prófugos. Esta forma de resistencia dominará los siglos XVI, XVII y XVIII. En el siglo XVIII se destacan la insurrección dirigida por Tupac Amaru II en Cuzco en 1780 y la de los comuneros en 1781 en Bogotá, pero están también la de Tiradentes en 1792 y la de los negros en Haití, en 1794-1804. A principios del siglo XIX habrá las guerras de independencia en contra del despotismo español. Se destacan las ideas

libertarias y justicieras no sólo de Simón Bolívar sino también José Artigas en Uruguay y Manuel Rodríguez en Chile, entre tantos otros. Miguel Hidalgo y José María Morelos en México en 1810 lanzan el Grito de Dolores y alzan a las masas de indios y mestizos a la lucha por la libertad y la justicia social. El siglo XIX está también plagado de insurrecciones, guerras civiles y feroces combates sociales así como nacionales. Tenemos la guerra de México contra los texanos en 1834-35 y la guerra de 1848 contra Estados Unidos en que México pierde la mitad de su territorio. O la insurrección social de Francisco Bilbao en Chile en 1851, la lucha contra la intervención de William Walker en Nicaragua en 1856, la de los mexicanos contra la invasión francesa en 1861-67, la de los paraguayos en 1865-70 contra la invasión (financiada y alentada por la Pérfida Albión) de la Triple Alianza (Brasil, Argentina y Uruguay), la de los patriotas cubanos en 1868-78, la de los bolivianos y peruanos contra las aspiraciones territoriales chilenas en 1879-83 (por el nitrato, también alentadas por Inglaterra), la de los Canudos en Brasil en 1893, la de José Martí y los cubanos nuevamente en 1895-98, la de los colombianos para impedir el robo norteamericano del Canal de Panamá en 1903, la de la revolución mexicana en 1910-1920. La lista es larga y no ha terminado.

La idea central en Galeano es que la resistencia de América Latina - en realidad las muchas resistencias - son la expresión de la lucha de sus hombres y sus mujeres por la libertad y la justicia. Para él el triunfo sobre la injusticia requiere la lucha y la resistencia, pero con soluciones latinoamericanas a los problemas que nos aquejan. La resistencia comenzada por el jefe indio Hatuey en Cuba es sólo el comienzo de una misma lucha que,

hasta ahora, ha durado cinco siglos y que, mientras haya injusticia y desigualdades, continuará.

Se percibe esto en su ácida crítica a la Alianza para el Progreso, una de las respuestas norteamericanas a la revolución cubana y al peligro percibido entonces como muy real de contagio continental. La crítica de Galeano es precisa, inequívoca y tajante: “Sería curioso que del seno mismo de los Estados Unidos, de donde nos viene el mal, naciese también el remedio”. Confirmando que esta realidad es ya antigua, el autor cita a un estadista guatemalteco del siglo diecinueve quien dijo:

“La pobreza no está escrita en los astros; el subdesarrollo no es el fruto de un designio de Dios. Corren años de revolución, tiempos de redención” (p. 10-11).

Visto el problema de esta manera entonces resulta que el pasado es un tiempo de oportunidades perdidas que pesan terriblement sobre el presente e impiden la realización de un futuro más promisorio:

“Los fantasmas de todas las revoluciones estranguladas o traicionadas a lo largo de la torturada historia latino-americana se asoman en las nuevas experiencias, así como los tiempos presentes habían sido presentidos y engendrados por las contradicciones del pasado” (Venas, p. 11).

Sin embargo, pese a la terrible destrucción de la sociedad indígena, la rebelión se ha hecho sentir con la fuerza de un terremoto: “La esperanza del renacimiento de la dignidad perdida alumbraría numerosas sublevaciones indígenas. En 1781 Tupac Amaru puso sitio al Cuzco” (p. 68). La recuperación de la dignidad indígena requería la abolición de la opresión, la recuperación de la identidad, necesitaba la libertad. Tupac Amaru decretó la prohibición de

la mita, dispuso la libertad de los esclavos, abolió todos los impuestos y el “repartimiento” de mano de obra indígena en todas sus formas. La dignidad y la identidad indígenas eran incompatibles con el sistema socio-económico español colonial. Lo mismo harían los curas Miguel Hidalgo y José María Morelos cuarenta años después en México. La libertad y la justicia frustradas se expresarían con volcánica intensidad nuevamente en 1910 durante la revolución mexicana.

“En México, Hidalgo y Morelos habían caído derrotados antes y transcurriría un siglo antes de que rebrotaran los frutos de su prédica por la emancipación de los humildes y la reconquista de las tierras usurpadas” (p. 187).

Galeano describe en forma desgarradora la realidad de América Latina resumiendo la realidad actual del indígena: “Los indios han padecido y padecen - síntesis del drama de toda América Latina - la maldición de su propia riqueza” (p. 73). La opresión y destrucción de los indígenas ha continuado hasta nuestros días por doquier en América Latina y, como si tuviera al Brasil en mente, señala: “el contacto con el hombre blanco continúa siendo, para el indígena, el contacto con la muerte” (p. 78).

La revolución negra en Haití derrotó al ejército francés, el mejor del mundo, al grito de libertad, égalité et fraternité, principios que en la colonia caribeña adquirieron un contenido profundamente social al abolirse la esclavitud y eliminarse de hecho el latifundio. Los altos principios de la Revolución Francesa se trastocaron en muerte, racismo y destrucción. Luego del arresto de Toussaint-Louverture el general Leclerc, cuñado de Napoleón y a cargo de las tropas francesas en Haití, dijo:

“He aquí mi opinión sobre este país: hay que suprimir a todos los negros de las montañas, hombres y mujeres, conservando sólo a los niños menores de doce años, exterminar la mitad de los negros de las llanuras y no dejar en la colonia ni un solo mulato que lleve charreteras” (p. 103).

La novelas de Alejo Carpentier, *El Reino de Este Mundo* y *El Siglo de las Luces*, especialmente la segunda, nos muestra cómo se expresó La Ilustración a su llegada al Caribe: en la forma de la guillotina. ¡Qué civilización!

Uno de los factores claves para entender primero, la perpetuación de la violencia, segundo, la resistencia y tercero, la necesidad de afirmar la identidad de América Latina ha sido la presencia y los designios de los Estados Unidos hacia el continente.

Confirmando lo expresado en la canción de Daniel Viglietti donde dice: “España, Inglaterra, también Portugal, y ahora es a los yanquis que les toca mandar”, Galeano procede a analizar las difíciles y desiguales relaciones entre Latinoamérica y los Estados Unidos. Prácticamente desde los orígenes del Coloso del Norte, éste se ha expandido hacia el Sur, es decir, hacia Nuestra América:

“... en 1803 compraron a Francia, por un precio ridículo, el territorio de Luisiana, con lo que volvieron a multiplicar por dos su territorio. Más tarde fue el turno de Florida y, a mediados de siglo, la invasión y amputación de medio México en nombre del ‘Destino Manifiesto’. Después, la compra de Alaska, la usurpación de Hawái, Puerto Rico y las Filipinas” (p. 435).

Nicolás Guillen, mulato, poeta y cubano, resume poéticamente el status colonial impuesto por Estados Unidos a Puerto Rico, diciendo: “... estado en sociedad asociado. Soga y cuello, nada más”. Es decir, el surgimiento de Estados Unidos como superpotencia se hizo en contra nuestra y a expensas nuestras. Como nos dice Galeano

“Ya Bolívar había afirmado, certera profecía, que los Estados Unidos parecían destinados por la Providencia para plagar América de miserias en nombre de la libertad” (p. 435).

Para justificar y racionalizar esta expansión Estados Unidos la explica argumentando su superioridad racial por sobre los pueblos al sur del Río Grande haciendo uso de la Doctrina Monroe y del Destino Manifiesto). Así, se decía en los periódicos norteamericanos en el siglo XIX que debido a la inferioridad racial de los latinoamericanos, las posibilidades de que floreciera la democracia en América Latina eran las mismas de que ésta floreciera en el reino animal. La expansión la enfrentamos hoy en la forma del Área de Libre Comercio de las Américas (*Free Trade Area of the Americas*). México, como siempre, fue el primero en caer al ser integrado en el Tratado de Libre Comercio (más conocido por su nombre norteamericano de NAFTA). Como diría Don Porfirio Díaz, “la tragedia de México es estar tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos”. Con el MERCOSUR, es Brasil el país que más resistencia está ofreciendo a los Estados Unidos en su empresa integradora, y, de una manera curiosa está llevando a cabo un aspecto del sueño de Simón Bolívar.

En el siglo veinte las instancias de resistencia han ocurrido allí en donde la presencia norteamericana se ha hecho sentir con más fuerza.

En Nicaragua la derrota del nacionalismo de Augusto César Sandi-no desembocó en la dinastía Somocista que duraría cuarenta años. Franklin Delano Roosevelt respondería a las críticas por su apoyo al régimen criminal de Anastasio Somoza, el fundador de la dinastía, con la famosa frase: “Puede que Somoza sea un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta”. El hijo de Somoza, Tachito, montó una firma comercial, *Plasmaféresis*, que vendía la sangre donada por los nicaragüenses para ayudar a las víctimas del terremoto de 1972, a clínicas y hospitales privados en Estados Unidos. El periodista que denunció el hecho, Pedro Joaquín Chamorro, director del diario *La Prensa* y esposo de la que más tarde sería presidente del país, fue asesinado por la Guardia Nacional somocista, creada, apoyada, entrenada y financiada por los Estados Unidos.

La insurrección campesina de 1932 en El Salvador es otra instancia de resistencia registrada por Galeano. Se estima que en la represión desencadenada 30.000 campesinos salvadoreños fueron masacrados. El dictador Martínez, que era brujo y vegetariano, sostenía que “es un crimen más grande matar a una hormiga que a un hombre, porque el hombre al morir reencarna, mientras que la hormiga muere definitivamente”. Y aseguraba estar en contacto telepático con el presidente de los Estados Unidos (p. 179).

Galeano finaliza su extraordinario libro *Las Venas Abiertas de América Latina* con un ferviente llamado a continuar la resistencia:

“No han de ser la General Motors y la IBM las que tendrán la gentileza de levantar, en lugar de nosotros, las viejas banderas de unidad y emancipación caídas en la pelea, ni han de ser los traidores contemporáneos quienes realicen, hoy, la redención de los

héroes ayer traicionados. Es mucha la podredumbre para arrojar al fondo del mar en el camino de la reconstrucción de América Latina. Los despojados, los humillados, los malditos tienen, ellos si, en sus manos, la tarea. La causa nacional latinoamericana es, ante todo, una causa social: para que América Latina pueda nacer de nuevo, habrá que empezar por derribar a sus dueños, país por país” (p. 435-436).

Galeano, pese a todo lo que ha pasado en estos últimos años (dictaduras, desaparición del socialismo, globalización, Nuevo Orden Mundial, re-democratización de América Latina), todavía cree en un futuro mejor, futuro que debe construirse.

Que mientras nuestro continente siga padeciendo los males que le han aquejado desde 1492, mientras la miseria cunda, la desigualdad aumente y la injusticia continúe, la resistencia que comenzó con Ha-tuey (y tantos otros), persistirá.

Identidad

Galeano nos recuerda que la identidad latinoamericana es algo que está todavía por realizarse:

“Por el camino hasta perdimos el derecho de llamarnos americanos, aunque los haitianos y los cubanos ya habían asomado a la historia, como pueblos nuevos, un siglo antes de que los peregrinos del Mayflower se establecieran en las costas de Plymouth. Ahora América es, para el mundo, nada más que los Estados Unidos: nostras habitamos, a los sumo, una sub América, una América de segunda clase, de nebulosa identificación” (p. 2).

El nacionalismo español logró afirmarse en base a la supresión de la diversidad y tolerancia

religiosas de la Península Ibérica, es decir la negación de los derechos nacionales judíos y musulmanes. La manifestación institucional de este nacionalismo intolerante y excluyente fue la Santa Inquisición. Así, España en 1492 perfecciona un estado confesional en donde la Iglesia Católica es uno de los pilares de este nacionalismo estrecho. Por ello, la Conquista del Nuevo Mundo adquirió un carácter sagrado. El Vaticano bendijo la empresa: “La expansión del reino de Castilla ampliaba el reino de Dios sobre la tierra”, (p. 17) La esclavitud de los indígenas no tardó en venir. El Requerimiento legalizaba y vergozosamente legitimaba la subyugación de los nativos. Se exhortaba a los nativos a convertirse al catolicismo (en español!), pues:

“Si no lo hicieréis, o en ello dilación maliciosamente pusiereis, certificóos que con la ayuda de Dios yo entraré poderosamente contra vosotros y vos haré la guerra por todas las partes y manera que yo pudiere, y os sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de Su Majestad y tomaré vuestras mujeres y hijos y los haré esclavos, y como tales los venderé, y dispondré de ellos como Su Majestad mandare, y os tomaré vuestros bienes y os haré todos los males y daños que pudiere” (p. 18).

La Conquista y la Colonización estaban diseñadas para suprimir la identidad indígena. En algunos casos, como en el Caribe, esta supresión fue de una efectividad mortal: toda la población nativa fue exterminada. En el caso de los aztecas, Cortés decidió arrasar Tenochtitlán para impedir que los indígenas tuvieran algún punto de referencia que les recordara lo que habían sido... y tratarán de recuperarlo.

Aunque en los hechos los indígenas eran bestias de carga, el imperio español era, paradójicamente, un imperio agobiado por su conciencia católica, temeroso de los pecados que se cometían en cantidades atroces en contra de la población nativa. Por lo tanto, uno de los recursos ideológicos preferidos era la negación del carácter humano del indígena. Juan Ginés de Sepúlveda, un ‘humanista’ español, por ejemplo, “sostenía que los indios merecían el trato que recibían porque sus pecados e idolatrías constituían una ofensa contra Dios” (p. 63). Es decir seres sin alma, que por lo tanto no podían merecer ni el Cielo ni el Infierno. La Conquista y luego la Colonización negó la Humanidad de los indígenas: eran perezosos, idólatras, paganos, seres degradados, estúpidos, estaban demasiado bajo en la escala de la humanidad para ser capaces de recibir la fé. (p. 64) Era tal el trato que recibían que Bartolomé de las Casas decía “que los indios preferían ir al infierno para no encontrarse con los cristianos” (p. 64). Así se convirtieron en posesiones, en objetos: “se vendían las tierras con los indios adentro” (p. 64). Pero, pese a cinco siglos de opresión y de exterminación, una de las fuentes de la identidad latinoamericana es el indígena.⁴ La glorificación de lo indígena en los círculos oficiales contrasta con la brutalidad del racismo, la discriminación y el desprecio del indio. En este sentido, la erección de estatuas de jefes indígenas y la glorificación de la resistencia indígena a la Conquista y a la Colonización en los textos de estudio oficial en nuestros países, contrasta grotescamente con la condición de marginalización y segregación en que viven los indígenas en América Latina.

⁴El "movimiento indianista" del Brasil decimonónico es ilustrativo y la novela de José de Alencar, *O Guarani*, representativa de este fenómeno cultural.

En Paraguay, por ejemplo, “casi todos los paraguayos tienen sangre indígena, y el Paraguay no se cansa de componer canciones, poemas, discursos en homenaje al ‘alma guaraní’” (p. 65). Además como dice Galeano, “la identidad triturada [de los indígenas] es la única que persiste en Guatemala,” (p. 78) y, tal vez con la excepción de Brasil, Argentina y Uruguay, la identidad nacional en el resto de América Latina tiene un fuerte componente indígena.

La cuestión de la identidad se plantea en forma dramática en la historia de los dos Martín, ambos hijos de Hernán Cortés, conquistador de México: uno hijo de Malinche, ilegítimo, y el otro hijo legal de una española, hija de conde y sobrina de duque. Ambos participan en la conspiración contra el Rey en 1568, pero solo uno es torturado y castigado, el otro es perdonado.

El patetismo de la identidad robada, destruida y transformada se expresa en toda su intensidad en un pasaje de *Memoria de Fuego* (I, p. 174-175). En 1579 la rebelión dirigida por Beto y Guami, dos jefes indios de Ecuador, es aplastada por Francisco Atahualpa, hijo del emperador Atahualpa y capitán de las tropas españolas. Beto y Guami son torturados horriblemente, en público, mientras el capitán Francisco Atahualpa asiste a la ceremonia.

El racismo, por supuesto, no era privativo de españoles y portugueses. Nos cuenta Galeano (*Memorias* I, p. 209) la descripción que hace Shakespeare de los indígenas en *The Tempest*, en que cuenta la historia del naufragio de un barco de una compañía de Virginia en las Bermudas. Su descripción de Calibán, hijo de la bruja Sycorax, es extraordinariamente reveladora de la opinión del

Otro: un salvaje, cosa de la oscuridad, más bestia que hombre, no aprende más que a maldecir y no tiene capacidad de juicio ni sentido de la responsabilidad, sólo atado como un mono, podría encontrar un lugar en la sociedad humana. La ‘civilización’ de nuestros indígenas es responsabilidad colectiva de Europa.

En 1634 el Consejo Supremo del Santo Oficio de la Inquisición decide que todos sus funcionarios en lo sucesivo deberán presentar la genealogía de dos siglos de la mujer que han elegido, *para evitar que se case con personas infectas*, es decir con sangre india o negra, o con tatarabuelos de fé judía o cultura islámica o devoción de cualquier herejía. (*Memoria* I, p. 247-8)

Nueva York, que contiene la isla de Manhattan, se llamaba Nueva Amsterdam puesto que los holandeses se la habían comprado a los indios delaware, y es en la época el mercado de esclavos más importante de América del Norte. Cambia de nombre, en 1666 cuando los ingleses, a cañonazos, se apoderan de ella. Wall Street es el nombre de la calle donde está la muralla construida para que no se fuguen los esclavos negros (*Memoria* I, p. 277). La influencia ‘civilizadora’ europea no conoce límites.

Es en Brasil y en el Caribe (Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, Haití, así como también en menor escala en Perú, Colombia, Venezuela, Panamá) donde otra de las fuentes de la identidad latinoamericana adquiere proporciones dantescas. “Se estima en unos diez millones el total de negros esclavos introducidos desde África, a partir de la conquista de Brasil y hasta la abolición de la esclavitud” (p. 81). Los esclavos no aceptaron nunca ser ‘hispanizados’. Muchos prefirieron morir a ser esclavos. En el caso de los africanos, la

afirmación de su identidad dependía de la libertad, para lo cual había solo tres vías: rebelión, fuga o muerte. Pese a la opresión y la esclavitud que duró más de tres siglos, los africanos en América lograron preservar importantes aspectos de su cultura.

Las rebeliones de esclavos negros comenzaron en 1523 en Saint Domingue (Hispaniola) cuando se alzaron contra Diego Colón, hijo del Almirante. Dos siglos después se desarrollaban las comunidades de cimarrones en las montañas de lo que hoy es Haití en donde “reconstruían la vida africana: los cultivos de alimentación, la adoración de los dioses, las costumbres”. Quedaban, todavía en 1965, comunidades *djukas*, descendientes de esclavos escapados por los bosques de Surinam, en donde subsisten “santuarios similares a los de Guinea, y se cumplen danzas y ceremonias que podrían celebrarse en Ghana. Se utiliza el lenguaje de los tambores de Ashantís” (p. 131). También,

“los esclavos cimarrones de Brasil habían organizado el reino negro de Palmares, en el nordeste del país, y victoriosamente resistieron, durante todo el siglo XVII, el asedio de decenas de expediciones militares que lanzaron para abatirlos, una tras otra, los holandeses y los portugueses” (p. 132).

Existía en Palmares autosuficiencia alimentaria (maíz, boniato, frijoles, mandioca, bananas y otros alimentos) y la tierra era de propiedad comunitaria. En una de las tantas expediciones militares para aplastar a los cimarrones en Brazil, Galeano relata

“que el capitán Bartolomeu Bueno Do Prado regresara del río das Mortes con sus trofeos de la victoria contra una nueva sublevación de esclavos. Traía tres mil

novecientos pares de orejas en las alforjas de los caballos” (p. 133).

La fuerza cultural de Africa en América ha sido otra de las fuentes de la identidad lationamericana.

Los dioses africanos continuaban vivos entre los esclavos de América como vivas continuaban, alimentadas por la nostalgia, las leyendas y los mitos de las patrias perdidas. Parece evidente que los negros expresaban así, en sus ceremonias, en sus danzas, en sus conjuros, la necesidad de afirmación de una identidad cultural que el cristianismo negaba.

La Iglesia Católica participaba directamente en la administración de la esclavitud con consejos sensatos para su supervivencia. En el siglo XVIII, por ejemplo, el sacerdote jesuíta Antonil formulaba las siguientes recomendaciones a los dueños de ingenios en Brazil:

“A los administradores no se les debe consentir de ninguna manera dar puntapiés principalmente en la barriga de las mujeres que andan preñadas, ni dar garrotazos a los esclavos, porque en la cólera no se miden los golpes y pueden herir en la cabeza a un esclavo eficiente, que vale mucho dinero, y perderlo” (p. 134-135).

Y el misionero apostólico Juan Periniá y Pinerbat, en Cuba, lanzaba sermones a los esclavos negros diciéndoles:

“¡Pobrecitos! No os asustéis porque sean muchas las penalidades que tengáis que sufrir como esclavos. Esclavo puede ser vuestro cuerpo: pero libre tendréis el alma para volar un día a la feliz mansión de los escogidos” (p. 135).

Galeano señala que “Los cultos de raíz africana encuentran amplia proyección entre los oprimidos - cualquiera sea el color de su piel [...] Las divinidades del vudú en Haití, el bembé de Cuba y la umbanda de Brasil son más o menos las mismas, pese a la mayor o menor transfiguración que han sufrido al nacionalizarse en tierras de América, los ritos y los dioses originales”. Se entonan cánticos ceremoniales en nagô, yoruba, congo y otras lenguas africanas. Entre los habitantes de las favelas en el sur de Brasil, en Río de Janeiro, se adoptó lo africano como expresión de resistencia de los marginados (p. 136):

*Fuerza bahiana fuerza
africana fuerza divina
ven acá
Ven a ayudarnos*

La fuerza identitaria de África en América fue reconocida desde el principio. Así el padre Antonio Vieira ya en 1695 exigía gratitud por Angola, porque sin Angola no habría Brasil y sin Brasil no habría Portugal: Brasil tiene el cuerpo en América y el alma en África (*Memoria I*, p. 313).

En México, en la víspera de la revolución, la sociedad oficial consideraba que los indios adolecían de defectos naturales pues “nacían flojos, borrachos y ladrones” (p. 194). Emiliano Zapata expresó nuevamente el carácter profundamente social de la identidad mexicana, cuyo país había sido arrebatado por un pequeñísimo grupo de oligarcas, terratenientes y comerciantes. En el Plan de Ayala Zapata proclamaba: “la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan” y propugnaba la nacionalización total de los bienes del enemigo de la revolución, la devolución a sus legítimos propietarios de las tierras usurpadas por la avalancha latifundista y la expropiación de una tercera parte de

los hacendados restantes (p. 198). La tragedia de una revolución incompleta en México se ha expresado literariamente en forma magnífica en la novela de Carlos Fuentes, *La Muerte de Artemio Cruz*, y en la realidad contemporánea en el alzamiento zapatista de Chiapas en 1994.

La influencia cultural europea y algunos de sus cánones eurocéntricos han sido nefastos para América Latina y para la creación de una sociedad en la que la identidad de la mayoría pueda florecer y afirmarse. A este respecto Galeano nos habla de la dicotomía entre Civilización y Barbarie en que supuestamente América Latina se debatía en el siglo diecinueve (esquema aplicado al siglo veinte también). Para poder romper el monopolio parasítico de Buenos Aires las provincias instalaron en el poder a Juan Manuel de Rosas en los 1850 quien se apoyó en la rebelión de las montoneras provinciales.

El ilustre Domingo Faustino Sarmiento y otros escritores liberales vieron en la montonera campesina no más que el símbolo de la barbarie, el atraso y la ignorancia, el anacronismo de las campañas pastorales frente a la civilización que la ciudad encarnaba: el poncho y el chiripá contra la levita; la lanza y el cuchillo contra la tropa de línea; el analfabetismo contra la escuela. En 1861, Sarmiento escribía a Mitre: ‘No trate de economizar sangre de gauchos, es lo único que tienen de humano. Este es un abono que es preciso hacer útil al país’. Las tropas sarmientistas consideraban a los gauchos como ‘animales bípedos de tan perversa condición’ (p. 306).

La cuestión de la identidad se plantea con agudeza extrema en el caso de Puerto Rico, ‘estado libre asociado’. Los portorriqueños que no son considerados lo suficientemente buenos para vivir en una patria propia, si lo son para combatir por una

patria que no es la suya: durante la guerra de Vietnam, Puerto Rico tenía proporcionalmente más soldados combatiendo en el sudeste asiático que cualquier otro estado de los Estados Unidos (p. 112).

En el siglo veinte la identidad latinoamericana ha tenido que sufrir los embates de la expansión norteamericana en el hemisferio. El propio desarrollo histórico de Puerto Rico, Cuba, Panamá y México confirman esto. Como México estos países están ‘muy lejos de Dios y demasiado cerca de los Estados Unidos’. La Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto racionalizan los designios de hegemonía mundial que han animado a los Estados Unidos prácticamente desde sus orígenes comonación. Ya en 1912 el presidente norteamericano William H. Taft afirmaba:

“no está lejano el día en que tres banderas de barras y estrellas señalen en tres sitios equidistantes la extensión de nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro, de hecho, como, en virtud de nuestra superioridad racial, ya es nuestro moralmente” (p. 172).

Un antecedente confirmatorio de este expansionismo anti-latinoamericano por parte de los Estados Unidos lo provee Galeano en el resumen biográfico de Smedley Butler, comandante de los marines, resumen que vale la pena citar *in extenso*:

“Me he pasado treinta y tres años y cuatro meses en el servicio activo, como miembro de la más ágil fuerza militar de este país: el Cuerpo de Infantería de Marina. Serví en todas las jerarquías, desde teniente segundo hasta general de división. Y durante todo ese período me pasé la mayor parte del

tiempo en funciones de pistolero de primera clase para los Grandes Negocios, para Wall Street y los banqueros. En una palabra, fui un pistolero del capitalismo... Así, por ejemplo, en 1914 ayudé a hacer que México y en especial Tampico, resultasen una presa fácil para los intereses petroleros norteamericanos. Ayudé a hacer que Haití y Cuba fuesen lugares decentes para el cobro de rentas por parte del National City Bank... En 1909-12 ayudé a purificar a Nicaragua para la causa bancaria internacional de Brown Brothers. En 1916 llevé la luz a la República Dominicana, en nombre de los intereses azucareros norteamericanos. En 1903 ayudé a pacificar’ a Honduras en beneficio de las compañías fruterías norteamericanas” (p. 173-174).

Con *Memoria de Fuego* Galeano nos alienta a recordar quienes somos:

“Ojalá Memoria del Fuego pueda ayudar a devolver a la historia, el aliento, la palabra. América Latina no sólo ha sufrido el despojo del oro y de la plata, del salitre y del caucho, del cobre y del petróleo: también ha sufrido la usurpación de la memoria. Desde temprano ha sido condenada a la amnesia por quienes le han impedido ser” (*Memoria I*, p. xv).

¿Qué somos? Latinos, indios, hispanos, negros, mulatos, zambos, blancos, mestizos. ¿Qué influencias culturales no nativas tenemos? Española, africana, francesa, italiana, japonesa, inglesa, alemana?

América Latina es la unidad sincrética de todos estos elementos, pero en la obra de Galeano, la América que realmente expresa nuestra identidad es

la de los de abajo, esa es la verdadera, la genuina. La oficial imita, copia, falsifica, se resiste a ser latinoamericana. La oficial no integra sino que rechaza la rica experiencia y variedad cultural producto de cinco siglos de explotación y sufrimiento de indígenas, negros, mestizos, mulatos y zambos, vertientes vitales de la identidad latinoamericana.

Conclusión

El conjunto de la obra de Eduardo Galeano forma un todo coherente. Su objetivo, resumiendo, se podría definir de la siguiente manera: América Latina sólo puede ser la de las mayorías excluidas, pero para que estas mayorías puedan realizar este una herida abierta. Baste un ejemplo la última frase del último discurso de Salvador Allende desde el palacio de La Moneda en llamas y bajo ataque aéreo el 11 de Septiembre de 1973, día del golpe militar que desembocaría en la dictadura de Pinochet, antes de ser asesinado por las balas del facismo fueron: “La Historia nos pertenece, porque la hace el pueblo”.

Obras citadas

ALENCAR, José de. *O Guarani*. Rio de Janeiro: Bruguera, 1971.

BARAN, Paul. *The Political Economy of Growth*. Monthly Review Press, 1957.

FRANK, Andre Gunder. *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*. Harmons-whort, Penguin, 1971.

GALEANO, Eduardo. *Las venas abiertas de America Latina*. Mexico: Siglo XXI Editores. 1989.

— *Memoria del fuego I - Los nacimientos*. Mexico: Siglo XXI Editores, 1997.

sueño que empezó con una larga pesadilla, en 1492, no sólo tienen que defenderse de la América Latina oficial de hoy, sino entender los orígenes que ésta tiene, lo que a su vez exige la recuperación de la memoria histórica así como también la identificación moral con aquéllos que, a costa de tanto sacrificio, la hicieron. Con *Las Venas Abiertas de América Latina y Memoria de Fuego*, Eduardo Galeano nos ha permitido dar pasos gigantescos para el logro de este objetivo, tan indispensable pero tan difícil de alcanzar. El resto queda en vuestras manos, soís vosotros quienes hacéis la historia de hoy. Este no es un cliché, en realidad tiene la materialidad de

— *Memoria del fuego II - Las caras y las mascararas.*
Mexico: Siglo XXI Editores, 1992.

— *Memoria del fuego III - El siglo del viento.* Mexico:
Siglo XXI Editores, 1996.

— *El libro de los abrazos: Imágenes y palabras.*
Montevideo: Ediciones del Chanchito, 1989.

